

## METALENGUA Y VARIACIÓN LINGÜÍSTICA EN LA NOVELA DE LA RESTAURACIÓN DECIMONÓNICA

**Rafael RODRÍGUEZ MARÍN**

(Madrid: RAE, 2005, 793 págs.)

El profesor Rodríguez Marín, subdirector del Instituto de Lexicografía de la Real Academia Española, encargado de diversas obras lexicográficas en la Institución que auspicia este libro y singularmente del buque insignia de la Casa, el conocido como *Diccionario usual* o DRAE, acaba de publicar un imponente volumen que se centra en la variación lingüística de la novela de la Restauración, que forma parte de su tesis, leída en la Universidad de Valladolid en el año 1996. Como si de una de esas grandes obras se tratara, como la *Regenta* o *Fortunata*, el libro corresponde también en su aspecto material por su densidad y tamaño: casi ochocientas páginas de apretada letra y abundantes notas explicativas.

Rodríguez Marín es conocido también por sus estudios y ediciones de textos novelescos del XIX, como las ediciones de *El sombrero de tres picos*, de Pedro Antonio de Alarcón (Madrid: Castalia, 1993) o de los *Relatos breves* de Clarín (Madrid: Castalia, 1986) o el estudio sobre la lengua de Galdós, que lleva por título *La lengua como elemento caracterizador en las «Novelas españolas contemporáneas» de Galdós* (prólogo de Manuel Seco.

Valladolid: Secretariado de Publicaciones e Intercambio científico, Universidad, 1996).

Pero la obra de que tratamos en esta ocasión es mucho más ambiciosa. Se estructura en cinco grandes apartados, que son: «El Regionalismo lingüístico», «Del español subestándar al latín», «Extranjerismos y préstamos», «El registro coloquial», «Lenguaje y personaje». Un apartado final de bibliografía (de casi setenta páginas) cierra la obra. Se echa de menos, de entrada, un índice de palabras estudiadas, que muchas veces son difíciles de localizar en el mar de ejemplos que con buen criterio, por otra parte, introduce el autor en cada uno de los capítulos.

Como bien advierte Rodríguez Marín, el libro viene a llenar un hueco importante, ya que «la novela decimonónica no posee, hasta ahora, un análisis de conjunto sobre sus manifestaciones verbales» (p. 19). Ese estudio se basa en la variación interna de la lengua según los ejes clásicos (diatópico, diastrático y diafásico), antecedido de la perspectiva metalingüística que cada uno de los autores estudiados explicitó: Pereda, Pardo Bazán, Blasco Ibáñez, Galdós, Clarín, Alarcón, Coloma, Palacio Valdés y Valera son los nombres escogidos para estudiar tal sistema de variación lingüística. El objeto de análisis se centra en sus novelas extensas de temática no histórica. Como se ve, un plantel lo suficientemente amplio y variado como para que las conclusiones obtenidas abarquen todo tipo de obras, desde el regionalismo perediano hasta el naturalismo de la Condesa Pardo Bazán, pasando por los novelistas realistas como Galdós.

La riqueza informativa que se desperdiga en las notas, absolutamente al día en materia bibliográfica, es muy de reseñar, por cuanto muchas de ellas constituyen una pequeña puesta al día sobre lo que se ha escrito en determinada materia lingüística, que a veces se retrotrae hasta siglos muy anteriores a la materia estudiada (véase a este respecto la información que se da sobre la lengua de los negros en la nota 8 a las páginas 15 y 16).

Pasando ya a asuntos concretos de cada uno de los capítulos en que se divide el libro, hemos de empezar por el que se titula «El regionalismo lingüístico», especialmente interesante por cuanto le permite al autor trazar un abanico geográfico que abarca desde el dialecto montañés de Pereda hasta el canario de Galdós, pasando por el gallego, asturiano o valenciano de la Pardo Bazán, Clarín o Blasco Ibáñez, incluso algo del español de América que aparece en algunas novelas de Valera y otros. Los datos que aporta Rodríguez Marín trascienden lo puramente lingüístico y afectan a cuestiones de técnica novelesca, por cuanto expone el diferente concepto de arte que tienen

Valera y Galdós, por citar dos casos extremos. El primero, defensor del arte por el arte y del concepto de *novela bonita*, presumirá de que todos sus personajes, tengan el origen que tengan, hablan igual que el autor mismo, porque en su manera de pensar la novela no debe imitar el lenguaje de sus personajes, de ahí que censure la manera de escribir del canario o de la Pardo Bazán, contrarios en este orden de cosas. Es impresionante la lista de términos gallegos que utiliza esta última (pp. 161-171), con intención no necesariamente caracterizadora del habla de los personajes, por cuanto aparecen en el discurso del narrador y sin realce alguno. Nos llama la atención también la observación a propósito del arte de Pereda, en *Peñas arriba*, por cuanto este autor no conoce bien, desde el punto de vista dialectal, la zona cántabra donde sitúa la novela, por lo que la ambienta lingüísticamente con unos hábitos caracterizadores propios, pero ajenos a la misma (p. 77). Interesa también el apunte que esboza el autor contra aquellos editores que, por no conocer los hábitos lingüísticos de la zona que aparece en las novelas (en este caso de Clarín), han alterado la fisonomía morfológica de la primera edición, sustituyendo formas dialectales asturianas por otras castellanas inaceptablemente (p. 48).

Interesante también nos resulta el segundo capítulo, dedicado —como se ha dicho— a la variación que se engloba en el epígrafe «Del español subestándar al latín». Es muy de señalar el esfuerzo de escritores como Pereda o Galdós por captar el habla popular o vulgar y reproducirla en las páginas de sus obras, aunque no acierten del todo, como es el caso de la lengua de Madrid en el segundo de los nombres citados. Clarín se distingue de los anteriores en este aspecto concreto, porque pocas veces asoma a sus obras este tipo de caracterización. El plantel de fenómenos esbozados como caracterizadores del «repertorio del español subestándar decimonónico» (pp. 261-316) constituye de por sí un tratadito bien organizado y completo de los fenómenos observables en los diferentes planos del lenguaje que ocupa más de cincuenta páginas. Junto a ello aparecen los frecuentes latinismos y cultismos de todo tipo que se dan cita en estas novelas, especialmente en Valera o Clarín, bien formados ambos en la cultura clásica. No se olvida el autor de los tópicos, tan censurados por novelistas como Clarín, o del habla caracterizadora de mujeres, niños o enfermos.

El siguiente capítulo se dedica a los «Extranjerismo y préstamos». Es diferente la actitud de los autores estudiados a la hora de admitir en sus obras los préstamos de lenguas extranjeras, particularmente del francés, pero también de otros idiomas como el italiano o el inglés. No es lo mismo la actitud cerrada de Pereda o la más abierta de Valera (mucho más cosmopolita) o

Galdós. Generalmente se utilizan, nos recuerda Rodríguez Marín, con intención caracterizadora, bien para denotar la pertenencia a una clase social superior o para dar un aire de modernidad o cultura al personaje que utiliza estas palabras.

El capítulo V se dedica al «registro coloquial», primero narrado y luego reproducido. Después de una interesante introducción en que el autor se retrotrae a las grandes obras literarias que se interesan por la reproducción de la lengua coloquial: El *Corbacho*, la *Celestina*, obras de Cervantes, se centra el investigador en esas dos maneras de reproducir el coloquio en las novelas decimonónicas. Por supuesto, quien se lleva la palma en este tipo de caracterizaciones lingüísticas es Benito Pérez Galdós, cuyo catálogo de coloquialismos viene a ser una muestra magnífica también de los procedimientos utilizados para recrear este tipo de lenguaje.

Por fin, el último capítulo, «Lenguaje y personaje», le sirve a Rodríguez Marín para poner broche a este libro, por cuanto también se utiliza como recapitulación, dado que cada uno de estos elementos lingüísticos esbozados sirve para pintar, describir o, simplemente, abocetar a los personajes que se dan cita en estas novelas de los grandes autores de la Restauración. Se centra el autor en la manera de construir retratos lingüísticos, a veces por la mera repetición de una expresión, otras por mayores elaboraciones, como son las muletillas o las frases propias que utilizan como elementos caracterizadores. Después vienen los retratos lingüísticos de personajes entre los que nos llama la atención las de Benina o Almudena de la galdosiana *Misericordia*, ejemplo perfecto del cuidado con que estos autores construían el habla de sus personajes. Más gracia todavía tienen las caricaturas verbales, excelentemente ejemplificadas con algunos personajes de *Fortunata*, que desatan la carcajada del lector. Por último, un apartado final se dedica a los «tránsfugas lingüísticos», es decir, a aquellos personajes que partiendo de una manera de hablar característica la abandonan a favor de otra, distinta desde el punto de vista dialectal o social. Hay autores como Pereda o Galdós que saben mostrar perfectamente dicha evolución, utilizando para ello el lenguaje de sus personajes.

Como digo, dicho capítulo sirve a modo de cierre de todos los datos expuestos en los capítulos anteriores, pero echamos de menos alguna conclusión que pudiera integrar todos los aspectos vistos. Por poner algún pero a esta obra monumental, quizá habría que destacar la excesiva rigidez con que se dispone la materia, dado que se divide cada uno de sus capítulos o subcapítulos en una serie de apartados encabezados por letra mayúscula ne-

grita que se dedica a cada uno de los autores estudiados: Valera, Clarín, Pareda, Pardo Bazán, Galdós, Blasco Ibáñez, Alarcón, Coloma... Tal vez el lector hubiera agradecido una presentación más ágil, en la que los datos se interpretaran conjuntamente y no divididos por apartados estancos que ralentizan excesivamente la materia tratada; pero ése es un mal menor, si es que se puede considerar un mal, en una obra que tantos bienes ofrece y que tantos datos suministra al lector. Por si fuera poco, también se gana en claridad expositiva, y quizá no esté ausente de esta particularidad el oficio de profesor universitario del autor. Hay que llamar la atención también sobre la pulcritud de las citas y el cuidado primoroso en la selección de ediciones manejadas (en no pequeña parte posteriores a la fecha de lectura de la tesis, con lo que el trasvase consiguiente supone).

En suma, no se podrá decir desde ahora que queda algún recoveco por estudiar de la lengua de la novela de la Restauración. Y desde luego tanto para los estudiosos de la lengua como de la novela del período este libro está llamado a convertirse en piedra angular con la que acercarse a una de sus características fundamentales. También lo es, entendemos, para aportar una o varias claves de lectura a esos grandes monumentos de la literatura española del siglo XIX.

Abraham Madroñal  
CSIC-Instituto de Lexicografía, RAE